

LA NOVELA GRÁFICA
Año I - Sale los martes - N.º 2

ENTEREZA DE
CARACTER

25 Cts.



William
Farnum
en
"Ente-
reza
de
carác-
ter"

ENTEREZA DE CARÁCTER

*Es propiedad de los editores.—
Hecho el depósito que marca
la ley.*

WITHOUT COMPROMISE 1922

Enfereza de carácter

Adaptación literaria de la her-
mosísima película del mismo
nombre, de la marca:

F O X

Concesionarios exclusivos:

Hispano Foxfilm, S. A. E.

Interpretada por el genial
artista

William Farnum

LA NOVELA GRÁFICA

PUBLICACIÓN SEMANAL CONSAGRADA AL ARTE DEL SILENCIO

Radacción y Administración:

Rambla de las Flores, 80, 1.º

Teléf 4656 A. — BARCELONA



Talleres Gráficos propios:

Bou de San Pedro, núm. 9

Teléf. 1167 S. P.-BARCELONA

Corresponsales: En todas las poblaciones de España y América

Entereza de carácter

II

Aquella hora — la del almuerzo de los obreros — el figón de Carlos Jackson estaba lleno a rebosar. Situado el establecimiento en los suburbios de la ciudad de Randolph, en el corazón, como si dijéramos, de la barriada más industriosa, allí acudía no sólo la gente de faena — hombres cuya religión es el trabajo —, sino una buena parte del hampa, que es, en todas las poblaciones de todos los países, el azote de la humanidad: vagos de profesión, golfos, mendigos, ladronzuelos y matones de oficio.

A todos admitía el dueño de la taberna, porque, según él, toda clase de piedra era necesaria para elevar un pedestal. Y el que Carlos Jackson quería levantar, no iba a ser él quien lo ocupase, sino Ricardo Leighton, el *scherriff*

de la ciudad, hombre recto, de nobles sentimientos, y de firmeza extraordinaria de carácter.

Pero Leighton, por lo mismo que no eligió jamás, para avanzar por la vida, el camino sinuoso, desconocía por completo esa ciencia infusa denominada política, en la que obtuvo la borla del doctorado el senador Ainswort, personaje influyente al que profesaba odio profundo Carlos Jackson.

Este, que no ignoraba ni uno sólo de los mil y un resortes a que hay que apelar para detener, por sufragio, elevados cargos, proponíase derrotar a su enemigo el senador, sacando triunfante al «scheriff».

— Para subir — decía —, cualquier peldaño es bueno.

Y, fiel a tal principio, valíase de todas las armas para vencer en la próxima contienda, al viejo Ainswort, embaucador del pueblo, aristócrata al servicio de los poderosos, hombre de cortas luces y de corazón seco.

— Leighton debe ser nuestro representante: Leighton será senador — aseguraba Jackson, quien convertía su taberna en club político, haciendo «un poco de revolución» cada día, hablando a los obreros de la inmediata «hora de la liberación», de que estaba cercano el «minuto salvador», puesto que derrotando al charlatán Ainswort — que dominaba en los grandes intereses industriales de la localidad —, el proletariado obtendría incontables beneficios.

Y esto un día, y otro día, con tenacidad de gotera, con obstinación de quien está obsesionado por una idea fija, puesta la mirada en la cumbre a la que quiere llevar, sea como fuere, al hombre considerado como redentor.

— Es preciso — arengaba — que votéis todos al benemérito Leighton. Leighton debe ocupar el puesto sobre el que estuvo, hasta hoy, ahorcado su futuro suegro... pues todos sabéis que el «scheriff» aspira a la mano de esa delicada criatura que en nada se parece a su padre...

Aquella mañana, a la hora de almuerzo de los obreros, el dueño del figón echó también, como de costumbre, su cuarto a espadas. Pero sin retoricismos inútiles, sin peroratas rimbombantes, sin ademanes tribunicios,

¡Para qué! Él hablaba al corazón del pueblo, a lo más sano, y había que llamar al pan, pan y al vino, vino...

Tampoco se dirigía a todos a la vez. Su labor resultaba más eficaz deslizándose, como al desgaire, en el oído de este o aquel parroquiano, una palabra alentadora o una frase mortificante para el tan odiado Ainswort. Así iba formando opinión y levantando el espíritu, entre los concurrentes — en mayor número que de ordinario aquel día — al figón.

Estos, en su mayoría trabajadores, esclavos del rudo laborar preparando la madera para la exportación, comenzaban a saborear por anticipado el triunfo que consideraban indiscutible, destacándose entre los más entusiastas, Guillermo Murray, mayoral de las fábricas, y hombre capaz de abatir leones en la selva virgen.

Murray profesaba leal y sincero afecto a Ricardo Leighton, allí presente, en cuyo honor bebió un vaso de vino rubio.

Jackson iba de aquí para allá, atendiendo a sus clientes, transmitiéndoles un poco de su fe ciega en el triunfo, repartiendo sonrisas y amistosos golpecitos de mano en los anchos espaldares, cuando, de súbito, brillaron sus ojos con llama siniestra y rechinaron sus dientes, al ver irrumpir en el establecimiento a Casio Blake.

Casio, un pobre vagabundo, un hampón, procaz y pendenciero, estaba completamente borracho. Era un tipo antipático, repulsivo, que hacía gala de su bravuconería y mofábase cínicamente de todos y de todo. Allí donde él ponía el pie, estallaba un conflicto, porque a nadie guardaba respeto.

Jackson se dirigió al beodo, y con voz agria le dijo:

— Estoy cansado de repetirte que a mi casa no debes venir nunca, y menos en ese estado.

Casio se echó a reír estúpidamente.

— ¿Te has enterado ya?... ¡Pues largo! ¡fuera de aquí!

— ¿Quién eres tú, para echarme? — preguntó tartajosamente Blake.

— ¿Yo? ¿Que quién soy yo?... Pronto vas a verlo.

— ¿Tienes ganas de pelea?

— Tengo ganas de no volver a verte jamás.

El borracho soltó de nuevo la carcajada; afirmó lo mejor que pudo sus pies, y, con movimiento rápido, sacó de uno de sus bolsillos un revólver, con el que apuntó Jackson.

Este hubo de retroceder unos pasos, ante la inminencia del peligro.

— ¡Vete, Casio! — suplicó—. No comprometas la seguridad de mí...

Antes de que terminara la frase el dueño del figón, ya Blake había dado gusto al dedo disparando, sin apuntar, su arma.

Los concurrentes se estremecieron de espanto. Un arma de fuego en manos de un borracho podía acabar con la vida de todos. Aquel loco no sólo iba a cortarles la digestión, sino hasta el hilo de la existencia... E impulsivamente, sobrecogidos de miedo, se agazaparon debajo de las mesas o echaron a correr, despavoridos...

En tanto, Casio, bamboleándose por efecto del alcohol, seguía disparando su revólver al tuntún, sin elegir blanco, con la misma estupidez con que momentos antes se reía... Dueño de la situación, enardeciase por segundos al no hallar la menor resistencia. Y, a falta de hombres, acribillaba a balazos los panzudos toneles, la cafetera reluciente, los bidones de aceitunas, produciendo, con el consiguiente estrépito, enormes bajas en aquel ejército de botellas alineadas en la anaquelera...

Disparaba, disparaba cada vez con más furia, gozándose con los destrozos que iba causando, exaltándose por su fuerza destructiva...

De pronto cesó en aquel ataque de locura. A su lado, firme, sereno, sin petulantes arrogancias, estaba Ricardo Leighton. Su actitud fría, pero resuelta, era la del hombre que, por cumplir un deber, lo arrostra todo.

El beodo miró de arriba a bajo al «scheriff»; mas éste, imperturbable, habló calmadamente, autoritariamente:

— Dame el revólver, Casio...

Lo dijo en tal tono, y estaba, además, Leighton tan pegado a Blake, hasta el extremo de que hacía imposible la menor resistencia, que el hampón, sin vacilar,

hizo entrega de su revólver, todavía humeante, al «scheriff».

En aquel momento se oyó la voz del dueño del figón.

— ¡Bravol... ¡Eso es lo que se llama ser todo un hombre!...

Y como si el miedo se disipase en todos por arte de encantamiento recobrando la concurrencia su perdida calma y su punto cada cliente, añadió Jackson:

— ¡Viva el «scheriff» Leighton!... ¡Viva nuestro senador!...

— ¡Vivaaa!... exclamaron, entusiásticos, los obreros.

□ □ □

RICARDO Leighton estaba realmente enamorado de Juanita Ainsworth, la hija del senador.

Juanita era un dechado de belleza, física y moralmente. Hermosos ojos, linda boca, mejillas levemente florecidas de juventud, de primavera; cabellos finos, profusos aromados y del color del oro viejo; manos menudas, blandas y cariciosas; pie breve; talle esbelto... Pero sobre tantas perfecciones, estaba la suprema perfección de su alma, cándida y como perfumada por la divina flor de loto. Los más puros y nobles sentimientos anidaban en su corazón.

Ricardo se sintió subyugado por tan encantadora criatura, y la amó apasionadamente, ciegamente. A su lado podría considerarse el más feliz de los mortales. Juanita, como él, poseía una firme voluntad siempre al servicio de la más recta conciencia; gustaba de practicar el bien y tenía del deber un concepto estrecho y rígido. En suma: su carácter era de una entereza tal, capaz de llevar el sacrificio hasta el heroísmo.

¡Cuán distinta de su padre, árido de espíritu, dominado, ambicioso y sórdido! ¡Cuán diferente a su hermano, aquel señorito «bien», que pasaba, resbalando por la vida, insensible a todo, atento únicamente a obedecer a la beleidosa moda en sus varias manifestaciones! Tomasito Ainsworth no poseía otros títulos que los que da el ser hijo de un político influyente, y el de vestir con atildamiento propio de dama coqueta. En nada se parecía,

por tanto, a su hermana, sencilla y bien templada para la lucha del vivir.

De ahí que Leighton, tanto como amaba a la elegida de su corazón, sintiera, sino desprecio, condescendencias más bien por el padre y el hermano de tan bondadosa, linda y tierna criatura.

Juanita, en lo moral, se parecía como una gota de agua a otra gota, a su amiga Nora Foster — a quien el sheriff profesaba hondo afecto —, la hija adoptiva del juez Randolph.

Nora, como Juanita, irradiaba bondad. Las dos, por la ternura de su alma, por su carácter dulce y franco, pero firme, por aquel su señorío espiritual que parecía animarlas, cautivaban, subyugaban a cuantos tenían la suerte de tratarlas.

Una y otra eran igualmente veneradas por la población obrera, que en distintas ocasiones había recibido de ellas, en instantes turbulentos, frases alentadoras.

Juanita era blanca, como amasada con alhelios y espuma de los mares; Nora, morena, de ojos profundos, de cabellera endrina. Y aquellas dos criaturas, tan desemejantes en lo físico, poseían idénticos sentimientos; eran, moralmente, gemelas.

El viejo Randolph, personificación del altruismo, excesivamente bondadoso, magnánimo y paternal para con todos, idolatraba a su ahijada, cuyo porvenir le tenía constantemente preocupado, sobre todo desde que se le acentuó aquella ciática que fatalmente habría de llevarle a la sepultura.

— ¡Oh, mi bien amada Nora! — balbucía viendo aproximarse a la Inexorable —. ¿Qué será de ella el día que yo cierre para siempre los ojos?...

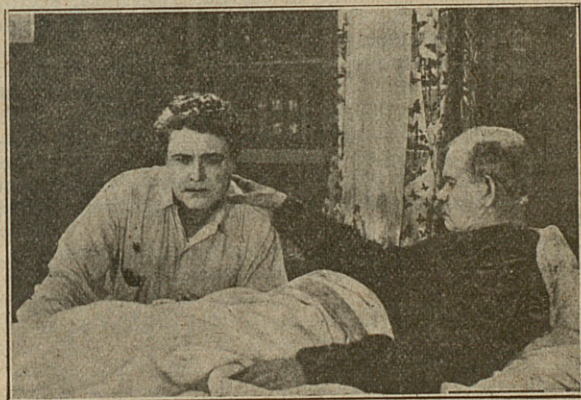
Y, previsor, el buen juez, el venerado juez, confió a Leighton el cuidado de la niña, a la que Randolph quería entrañablemente.

— Nora — dijo, con voz desfallecida —, ha sido el encanto de mi vida. A su lado llegué a olvidarme de la ingratitud de los hombres. Con la luz que fulge de su espíritu, ella alumbró mi camino en las postrimerías de esta existencia que acaba...

Yo te ruego que veles por ella, que la ampares, que te conviertas en su escudo.

Leighton, emocionado, no pudo proferir palabra. Y el juez, que se hallaba en los linderos de la otra vida, con acento dolorido prosiguió:

— En ti confío; en ti, que posees un corazón de oro... ¡Protégela! ¡Detiéndela!... con la honradez que te caracteriza, sin apartarte jamás ni un ápice del único camino



— En ti confío; en ti, que posees un corazón de oro...

a seguir: el del deber. Así obtendrás, como recompensa, la gratitud de los buenos, el respeto que merece toda vida ejemplar... Mirate en mi espejo, ajusta tus actos a tus deberes.

Carraspeó el enfermo, y añadió:

— No te importe tener enemigos...; no te detengas por si ladran los cañes del camino... Abundan, en la familia humana, los envidiosos, los desleales, los perversos, como ese Ainsworth, por ejemplo, capaz de todas las bajezas

y villanías a condición de esgrimir el látigo... ¡A esos, a los canallas, debes hacer frente, salirles al encuentro, mantenerte, como yo, ante sus arremetidas, firme y sereno, conservando la entereza de carácter...

— ¡Es malo el senador Ainsworth?...

— Es un granuja, que ha engañado vilmente a los hombres honrados... Despréciale...

— Usted sabe que yo amo a su hija...

— Juanita es digna de tu cariño. Ella hará, seguramente, tu felicidad... si sabes evitar el funesto contagio, la perniciosa influencia de su padre...

La voz del enfermo se iba debilitando, extinguiendo...

— Tú eres honrado, Ricardo... — silabeó con acento quejumbroso de ultratumba, el moribundo —. Por eso muero tranquilo... Sé que de igual modo que te sacrificaras por Nora, servirás a tu pueblo, como yo, con rectitud y alteza de miras... No claudiques nunca...; no vaciles jamás...; ¡entereza de carácter siempre!... ¡siempre!...

Cerró los ojos el venerable anciano; exhaló un suspiro... y luego, nada... La guadaña había segado una vida...

□ □ □

III

LA Redacción de *El Diario del Pueblo* era el cuartel general político del Senador Ainsworth.

Su director, Samuel Allister, intrigante y lacayuno, de baja condición moral y naturalmente ambicioso, como su protector, era el prototipo del periodista estólido que convierte la pluma en ganzúa y palanqueta.

Completamente hueco, como un canuto, no carecía, sin embargo, de la osadía y desfachatez que caracteriza a los perfectamente amorales.

Horro de talento y de ética, suplía la falta de tan necesarias dotes, apelando al desplante y a la farotonada. Pertenecía a esa clase de hombres que, faltos de razón, combaten las ideas a pistoletazo limpio. Por otra parte, sabía poner en arco la columna vertebral y lisonjear a los necios, haciendo de la adulación una norma de conducta.

Así, cuando Ainsworth le participaba sus temores por una posible derrota, el bajuno Allister decía al prócer:

— ¡No se inquiete usted, mi respetable amigo! Contra lo que asevera el *Heraldo*, ese papelucho que huele a vinaza porque recoge todas las insidias del instigador Jackson, yo juro a usted que no habrá quien le arrebatase el acta. Mi periódico, de igual modo que sacó a usted triunfante en anteriores contiendas, le asegura el triunfo. Si para ello es preciso ofrecer al pueblo, a más del

hospital recientemente inaugurado, un parque de recreos, un gimnasio, o un servicio público de aviación, lo lanzará a los cuatro vientos. Y si hay que apelar a «la caja de los truenos», bien sabe usted que no soy de los que se les arruga el ombligo; difamaremos; arrojaremos pellas de barro inmundo al rostro de quien ose disputarle el puesto...

Una mañana, el mefistofélico Ainsworth llamó urgentemente, por teléfono, a su «lacayo» Allister.

—Tengo entendido —dijo— que ese endiablado Carlos Jackson se propone reventarme.

—¡Bah!... ¿Quién toma en serio las bravuconadas de un tabernero? Entre los dioses del Olimpo, Baco era tomado siempre a chacota... No se preocupe: *El Diario del Pueblo* derribará, en último caso, hasta los tabiques de las alcobas...

Pero al llegar inopinadamente Tomasito, diciendo que Jackson y su gente habían decidido presentar candidato al scherriff Leighton, Allister se mordió nerviosamente el labio inferior.

—¡Caramba! —exclamó—. Sí que sería una contrariedad... ¿Y eso lo sabe usted de buena tinta?

—¡A ver si no! ¡Como que lo oí de labios de muchos a quienes traté de conquistar!... ¿No sabe usted que hago estos días vida de taberna, y que acudo allí adonde va la peor gente, incluso al figón de Jackson?... ¡Pues anda con lo que dice Guillermo Murray!...

—¿También el mayoral se pone en contra mía? —expresó, azorado, Ainsworth.

—Murray es muy amigo de tu futuro yerno... El es quien dice, aludiendo a ti, que con discursos no se mejoran las condiciones de la clase obrera.

—¿No les di un hospital?

—Querrán, sin duda, unos comedores, y un bazar de ropa hecha y gratuita...

—Bien, bien —intervino el «periodista»—. Esa tormenta que se fragua, la deshago yo con los cañones granifugos de mi prosa... Y en cuanto al «scherriff» Leighton...

—Si se atreve a luchar en contra mía, le prohibiré hasta que cambie el saludo con Juanita.

—Falta que tu hija te obedezca —dijo Tomasito.

—Ya sé lo terca que es tu hermana; pero allá veremos quién puede más. Me hallo dispuesto, para vencer, a emplear toda clase de armas.

—Basta con que yo esgrima mi pluma, ilustre Ainsworth. Desde mañana, *El Diario del Pueblo* será ariete y catapulta... ¡Hemos de triunfar, amigo mío!...

Y Allister se dirigió a la Redacción, dispuesto a escribir un artículo furibundo en contra del «apachismo» político, representado, según él, por Jackson, Murray y Ricardo Leighton...

Este, noticioso por su amada de su próximo regreso, visitó al senador; mas no bien le vió Ainsworth, díjole en tono desabrido:

—Sé que vais a ser mi contrincante...

—Acaban de comunicármelo.

—¿Y aceptáis vos?

—Alguien tendrá que luchar en contra vuestra.

—Está bien; pero sabed que si sois vos, no volveréis a hablar con mi hija.

—Falta que podáis lograrlo.

—Medios sobrados tengo para anularos.

—¿Me amenazáis?

—Os conmino para que rectifiquéis.

—Yo no retrocedo jamás.

Ainsworth abocetó una sonrisa... y volvió la espalda a su futuro yerno...

La lucha quedó entablada.

□ □ □

IV

LA noticia, por inesperada, produjo, primero, asombro; luego hizo estallar de indignación todos los pechos... ¡Nora Anderson había sido asesinada! El autor de tan abominable crimen era Casio Blake.

— ¡Bien se ha vengado! — exclamó, rugiendo de ira, el scheriff Leighton.

Y como la ciudad, indignada, protestara de tan nefando asesinato, dispusieron los hombres a ir en busca del criminal para hacerle expiar su delito.

Guillermo Murray se encargó de armar a todos los ciudadanos que clamaban: «¡Venganza!».

Capitaneados por Leighton salieron al campo; recorrieron distintos parajes; se internaron en espesos bosques...

— ¡Allá está el asesino! — guturó, colérico, el scheriff.

Y viendo que Blake apelaba a la fuga lanzándose a un canal, huyendo a nado a favor de la corriente, arrojó al agua inmediatamente Leighton, en persecución del fascineroso. Los dos eran buenos nadadores; uno y otro braceaban con habilidad, avanzando vertiginosamente. Pero Ricardo conseguía acortar por momentos la distancia que le separaba de Casio... Este, ya en la represa, logró esconderse en una cueva, después de haber chapoteado en el agua entre un laberinto de rocas... Mas no logró burlar a Leighton, quien se aventuró, sólo, con

grave riesgo de su vida, por lugar tan intrincado... hasta que dió con el criminal.

La lucha de ambos, en la cueva, fué, aunque breve, feroz, no tardando en aparecer el scherriff llevando a rastras al criminal Blake.



¡Que nadie toque a un pelo de la ropa del herido, sino es para llevarlo al hospital!

Blake estaba herido, gravemente herido, queriendo los que se habían lanzado en su persecución, rematarle a golpes...

— ¡No! — dijo con rotundidad Leighton —. Somos hombres; no chacales, y hemos de proceder como lo que somos. ¡Que nadie toque a un pelo de la ropa del herido, sino es para llevarlo al hospital! Por lo mismo que no paga con su vida el crimen cometido, que conserve, si puede, su existencia... Ya llegará la hora de la justicia...

¡Oh, corazón magnánimo!

Con las precauciones debidas fué conducido Blake al benéfico establecimiento fundado por Ainsworth. Y para que la ira popular no penetrase tumultuariamente en el hospital, deseosa de tomarse la justicia por sus manos, Leighton quedó allí custodiando al herido.

— ¡Eso es inconcebible! — exclamó Ainsworth —. ¡Casio en mi hospital!... ¡No! ¡Nunca!... ¡Que se le eche ahora mismo!...

— Es usted demasiado impulsivo — advirtió al senador el periodista Allister —. ¡Calma, mucha calma!... Ese rasgo de generosidad de Leighton nos favorece.

— Pero, ¿qué está usted diciendo?...

— El evangelio, amigo mío... ¿No sostiene usted que, para vencer, todas las armas son buenas? Pues he aquí en nuestras manos una muy poderosa... A Casio, por su horrendo crimen, le odia profundamente toda la ciudad... ¿Quién protege en estos instantes a Blake? ¿No es Leighton?... Pues vamos a verter la insidia de que, cuando ampara al asesino de Nora, él sabrá porqué... La sospecha quedará en el aire, viendo los más sagaces, en ese hecho criminal, la mano de Ricardo a quien más que Nora interesará la herencia de Randolph...

— Es usted un ser diabólico, Allister...

— Procuro estar a tono con mi protector... Será, sí, de buen efecto, que usted proteste de que se haya admitido a Blake en el hospital que usted fundó... Los incautos morderán el anzuelo, y la figura del senador Ainsworth se agrandará desproporcionalmente a los ojos de todos... Verán que usted no ampara a vulgares asesinos... Además, conviene que se oponga con todas sus fuerzas a que continúen las relaciones amorosas de Juanita y el scherriff...

— Esto ya lo tenía decidido. Y puesto que regresó ayer mi hija, ahora mismo le comunicaré mi resolución.

— De ese modo queda su triunfo asegurado.

— Que deberé, en gran parte, a usted...

Allister sonrió enigmático.

Y mientras más tarde, el periodista, a cambio de una considerable suma, entregaba a Carlos Jackson un documento suscrito con su firma, en el que se acusaba a Ainsworth no sólo de haber dilapidado el dinero de la ciudad, sino de haber sido el instigador de un motín... que aun no había tenido efecto, el senador, frente a frente con su hija, conminaba a ésta para que diese por terminadas las relaciones con Leighton.

— ¿Porqué? — se atrevió a interrogar Juanita.

— Porque así lo dispone quien puede y debe hacerlo.

— ¿Era por eso, por lo que me instaste a que regresara?

— Han cambiado mucho las cosas de ayer a hoy.

— No te comprendo.

— Pues que tu... *prometido*, presenta en la elección de mañana su candidatura frente a la mía.

— ¿Ricardo?

— El mismo.

— ¡Oh, Dios mío!... ¿Qué ha podido ocurrir aquí durante mi ausencia?

— Leighton es un ambicioso.

— ¡No! Leighton es hombre que cumple siempre con su deber.

— ¿Hasta cuándo se dispone a luchar en contra mía?...

— Alguna razón tendrá.

— Bien; no se hable más del asunto... Ya sabes: te prohibo terminantemente que hables con... mi rival.

Juanita no se abandonó a la desesperación. Reflexionó acerca de la decisión de su padre, y, sabiendo que Ricardo se hallaba en el hospital atendiendo a Blake, allí se hizo conducir en su automóvil.

— Es preciso — dijose — que yo aclare lo que aparece envuelto en el misterio...

En tanto, Tomasito, por indicación de su padre, re-

corría la barriada obrera, asegurando que Blake no era el asesino de Nora Foster...

— ¿A quién beneficia — decía — la muerte de la ahijada del difunto Randolph?... ¿Vais viendo claro en este asunto?... Casio, cuando más, será el autor material del hecho; pero no el que urdió el crimen... Debemos apoderarnos de Blake, aunque a ello se oponga quien quizás tiene más interés en que Blake desaparezca sin descubrir al que pagó el asesinato.

Por otra parte, si lo creéis de justicia, con matar al criminal, asunto concluido...

Pronto la sospecha arraigó en muchos corazones, verificándose rápidamente una reacción a favor o quizás en contra de Casio.

— ¡Es preciso que Blake hable! ¡Debemos salvar a Blake!... — gritó una voz —. Y, si es culpable, le reduciremos a piltrafas...

Media hora después, mientras Allister, con el dinero sustraído a Ainsworth y el arrancado a Jackson desaparecía para siempre de la ciudad donde labróse un porvenir, las turbas, capitaneadas por Tomasito, se encaminaban en dirección al hospital...

□ □ □

HABÍA anochecido.

En el hospital, el silencio parecía petrificarse.

Las enfermeras se deslizaban como sombras.

Una de ellas negóse a prestar asistencia a Blake, y fué sustituida en el acto por Juanita Ainsworth.

Ella y su prometido Leighton, con la entereza de carácter que era su mayor don, cumplían el penoso deber, auxiliados por el doctor Evans, de asistir en sus últimos momentos al asesino de Nora.

Blake había entrado en el período agónico.

Y junto a aquel corazón que apenas latía, que iba a suspender definitivamente su ritmo, palpitaban, henchidos de amor, dos corazones: el de Juanita, nidal de ternuras, y el de Ricardo, lleno a rebozar de los más puros sentimientos.

Se oyó un rumor lejano, como de colmena alborotada, y el doctor Evans escuchó con el oído atento.

— Viene gente — dijo.

— ¿Aquí? — preguntó Leighton.

— Tal parece...

Blake, vidriosos los ojos y la piel apergaminada, dijérase que se entregaba, resignado, a los brazos de la muerte...; acababa..., se extinguía...

De pronto rompió el silencio un ruido que se extendió por los ámbitos del hospital.

Seguidamente se oyeron voces airadas, gritos amena-

zadores, furioso golpeteo en las puertas de la silente mansión.

Juanita palideció. Entre aquel griterio habíale parecido reconocer la voz de su hermano...

En la calle, cien, doscientas personas, vociferaban, aullaban, arrancaban a golpes de hacha astillas de la puerta principal...

Ricardo no sabía a qué atribuir tales desmanes de la turba; pero, seguro de su valor, del valor que presta el deber siempre cumplido, la rectitud de conciencia, dispúsose a contener la avalancha, en el supuesto de que gentes por alguien engañadas, pretendiesen irrumpir como una horda de bárbaros, en el hospital, en aquel lugar donde agonizaba un hombre y donde cumplía una piadosa función la mujer por él adorada.

Despaciosamente, serenamente avanzó por el corredor que conducía a la puerta de entrada.

Al ver varios boquetes abiertos en la madera, quedó absorto. ¿Qué era lo que aquellos locos pretendían?... Cruzóse de brazos y esperó un minuto, acaso menos, porque la puerta, empujada violentamente, cedió quedando abierta de par en par...

— ¡Alto! — gritó el scherriff, apuntando a los invasores con su revólver...

— ¡Adelante!... — alentó una voz... — ¡Arrollar a ese fanfarrón!... ¡Animo, muchachos!

— ¡Atrás, he dicho! — pronunció imperativamente Leighton.

— ¡Adentro... sin acobardarse!...

Sonó un disparo. Se bamboleó un hombre y cayó pesadamente en tierra...

El grupo retrocedió espantado.

Y Leighton, que permanecía firme en su puesto, en actitud gallarda, creyó desfallecer cuando oyó, a su espalda, la voz de Juanita:

— Ricardo... ¿qué has hecho?... ¡Has matado a mi hermano!...

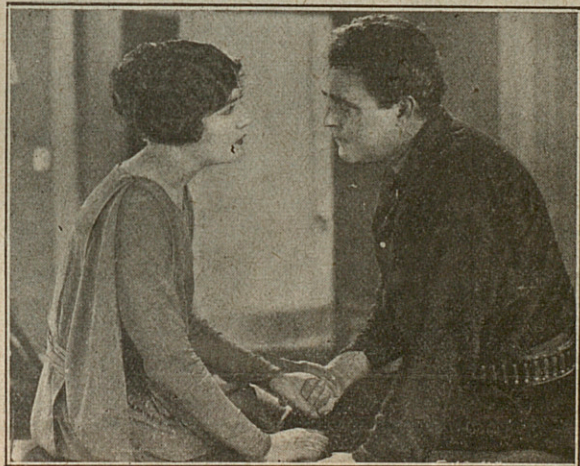
Las turbas seguían gritando:

— ¡Entregadnos a Blake!...

— Blake — manifestó, tembloroso el doctor Evans — acaba de expirar...

* * *

En el salón principal de la suntuosa morada del senador Ainsworth, de pie bajo la luz de una araña, dialogan la hija del prócer y el scherriff Leighton.



— *Mi padre te acusa de haber disparado...*

Un reloj desgrana doce campanadas.

— Y bien — balbucea Ricardo: — ¿no es grave la herida de tu hermano?

— Por fortuna, según el médico que le asiste, carece de importancia — manifiesta Juanita.

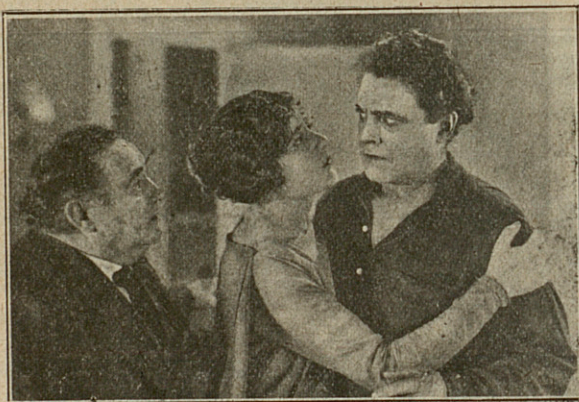
— De todas maneras, quiero justificarme ante tu padre...

— Mi padre te acusa de haber disparado deliberadamente tu arma sobre Tomasito...

— ¿Y tú?...

— Yo sé positivamente que no es cierto. Conozco la bondad, la excelsitud de tus sentimientos...

— ¿Se atreve usted — deja escapar, como un gruñido,



— ¡Eso es una impostura, una calumnia vill!

Ainsworth, penetrando en el salón — a presentarse en mi casa..., en la casa donde hay un herido a quien quiso usted asesinar?...

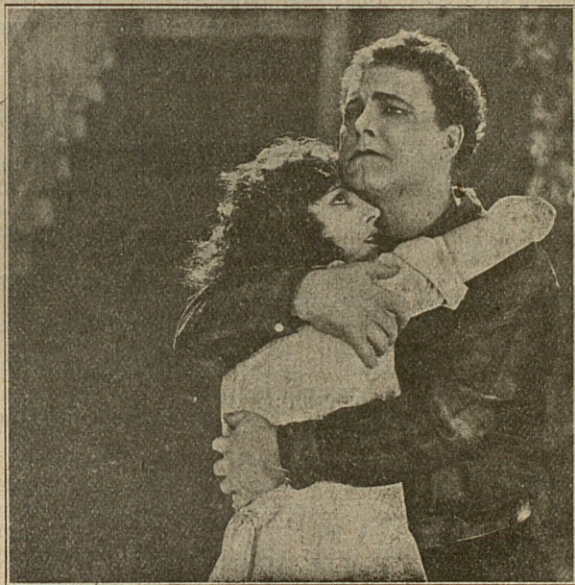
— ¡Esas palabras, caballero!...

— ¡Por Dios, Ricardo!... — exclama Juanita.

— ¿Se atreverá usted a negar que existió el propósito de ocasionar a mi hijo algo más que un rasguño?

— Respondo de todos mis actos siempre... Pero el único responsable de lo ocurrido es usted, señor Ainsworth, que instigó a aquel disturbio...

— ¡Eso es una impostura, una calumnia vill!...



— ¡Juanita, amada mía, adorada mía!...

— ¡Tengo en mi poder las pruebas!

— ¡Imposible!

— Mac Allister le acusa a usted, en documento que puedo mostrarle.

— Allister es un granuja. Y usted...

—Yo... en nombre de la Ley le digo: «Caballero Ainsworth... queda usted detenido...»

El senador retrocede dos pasos; se agita presa de convulso temblor; mira con ferocidad al scherriff, y...

— Está bien, señor — dice, silbando las palabras —. Quedo a su disposición... Pero concédame al menos unos minutos para despedirme de mi hijo y arreglar mis papeles...

Y, sin aguardar respuesta, penetra en su despacho.

— ¡Ricardo!... ¡Ricardo! — exclama, sollozante, Juanita —. ¿Has medido el alcance de lo que acabas de realizar?... ¡Por Dios!... Piensa en que tu conducta va a abrir un abismo entre nosotros... Reflexiona...; rectifica...

— ¡Juanita, amada mía, adorada mía!... Tú misma me señalaste en distintas ocasiones, y aun anoche, en el hospital, el camino del deber... El único por el que hemos de seguir los que tenemos *entereza de carácter*.

Transcurren unos minutos... Se oye un ruido seco, como de puerta cerrada violentamente...

Juanita se desplomó sobre una butaca presagiando una catástrofe...

Leighton se abalanza a la puerta del despacho... la empuja frenético..., consigue abrirla...

¡El senador no está allí!... Hay, en la mesa, un papel conteniendo estas palabras:

«Querida hija: Sé que amas a Ricardo... Entregarme a él prisionero, equivaldría a destruir tu felicidad... y tú tienes perfecto derecho a ser feliz... Aunque estimes reprochable mi conducta, no hay otra a seguir. Yo también cumplo con mi deber alejándome, no siendo un obstáculo para tu dicha... Adiós...»

Juanita llora calladamente, amargamente...

FIN

Pida usted el primer número de
LA NOVELA GRAFICA
que publica

Trágicos amores de Marco Antonio y Cleopatra

Adaptación literaria de la grandiosa película del mismo nombre, de la marca:
CINES

Concesionario exclusivo
FILMS PINOT

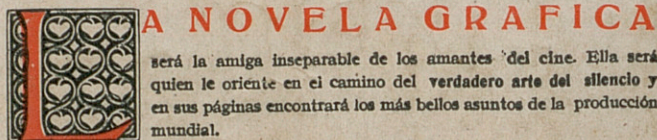
Principales intérpretes:

Marco Antonio: **Amleto Novelli**

Cleopatra: **Terribile Gonzalez**

E

193



será la amiga inseparable de los amantes del cine. Ella será quien le oriente en el camino del verdadero arte del silencio y en sus páginas encontrará los más bellos asuntos de la producción mundial.

LA NOVELA GRÁFICA

no podrá nunca ser superada en belleza literaria ni aventajada en presentación material.

¡ADEMÁS! nuestra publicación quiere que todos sus lectores vayan reuniendo poco a poco las más bellas fotografías de sus artistas predilectos. Al efecto ha establecido los siguientes

REGALOS

La postal que va adjunta a cada ejemplar de LA NOVELA lleva un número en el dorso y a los que resulten iguales a los TRES PRIMEROS PREMIOS del sorteo de la Lotería Nacional del 10 de cada mes, les serán adjudicados los siguientes

PREMIOS

PRIMERO

Un pase para CIENTO FUNCIONES en el cine que se desee de cualquier localidad de España.

SEGUNDO

Un pase para CINCUENTA FUNCIONES en el cine que se desee.

TERCERO

Un pase para VEINTICINCO FUNCIONES en el cine que pida el lector.
Se adjudicarán además otros

300 PREMIOS

consistentes en una MAGNÍFICA FOTOGRAFÍA del artista que se desee, ejecutada en insuperable CARTULINA ESMALTE, tamaño 22 x 26 centímetros. Estos premios serán adjudicados a los poseedores de todos los números del centenar de los tres primeros premios.

Para recibir estos premios, bastará con remitir la postal premiada a nuestra administración, anotando al dorso los siguientes detalles:

Nombre y dirección de la persona favorecida con el premio.—Nombre del artista que se desee recibir. Los gastos de envío, son por nuestra cuenta.